

El médico Mariano Perea, los ribereños e Ildefonso Manuel Gil en la cárcel del Seminario

Miguel Angel Latorre Villalba

RESUMEN. Desde el día 22 de julio, fecha en que triunfa el levantamiento militar en la zona, se produjo una cruenta represión en los pueblos de la comarca del Jiloca, que se centró, sobre todo, en los pueblos con ayuntamiento de izquierdas o que fueran centro neurálgico de clase obrera. Esta represión se cebó, principalmente, sobre equipos de gobierno de ayuntamientos, dirigentes de partidos políticos y sindicatos, representantes de los trabajadores del Ferrocarril Central de Aragón, y personas a las que se suponía una destacada afinidad política con las izquierdas. Los principales dirigentes fueron fusilados o trasladados a la cárcel del Seminario, este es el caso del doctor Mariano Perea, ideólogo de Izquierda Republicana en Monreal. La vida de los presos es narrada por Ildefonso Manuel Gil, compañero de prisión, en su obra “Concierto al atardecer”.

ABSTRACT Since July 22nd, date of the triumph of the military uprising in the zone, a bloody repression was produced in the villages of Jiloca region, that was focused, mostly, in the villages with left-wing councils or that were the neuralgic center of working class. That repression was primed, mainly, over municipal government teams, leaders of political parties and unions, representing workers of the Central Railway of Aragón, and people that was supposed an outstanding affinity with the left. The main leaders were shot or transferred to the Seminar prison, like the Dr Mariano Perea, Republican Left ideologist in Monreal. The life of the prisoners is narrated by Ildefonso Manuel Gil, a prison partner in his work “Concierto al atardecer”.



Ilustr. 1: Retrato de Mariano Perea

Introducción

En la mañana del 23 de julio, una veintena de falangistas armados tomaron las calles de Monreal entonando cánticos como el Cara al Sol, un himno prácticamente desconocido hasta entonces, mientras amedrantaban y detenían, acompañados por miembros de la Guardia Civil, a los principales dirigentes de izquierdas.

Desde el primer momento aplicaron a rajatabla las instrucciones dictadas por Mola en la preparación del golpe militar:

“Se tendrá en cuenta que la acción ha de ser en extremo violenta para reducir lo antes posible al enemigo que es fuerte y bien organizado. Desde luego serán encarcelados todos los directivos de los partidos políticos, sociedades, y sindicatos no afectos al Movimiento, aplicándose castigos ejemplares a dichos individuos para estrangular los movimientos de rebeldes o huelgas”.

La respuesta fue inmediata, ya que las personas de izquierdas más significadas, incluidos cargos electos de ayuntamientos y sindicatos huyeron, fueron detenidos o ejecutados. Los que pudieron, al abrirse los banderines de enganche de falange y requetés, corrieron a alistarse con la única finalidad de salvar la vida. En algún caso no les sirvió de nada y fueron igualmente represaliados o fusilados.

En Monreal del Campo, desde los primeros días varias familias sufrieron una persecución y represión que en muchos casos terminó en el fusilamiento, que afectó a varios miembros de la familia. Como casos más representativos se pueden citar:

- Familia de “Los Pecosos”. Fueron fusilados padre, madre y tres hijos. (Joaquín, Domingo y Vicente)¹.
- Familia Gorriz. Los dos hermanos Victoriano, (alcalde) y Benjamín fueron fusilados².
- Familia Marco, “Los Patas”.
- Los hermanos Manuel (2º Tte. de Alcalde) y Francisco fueron fusilados en los Pozos de Caudé. La esposa de Francisco fue juzgada y condenada en consejo de guerra y alguno de sus hijos pasó por la cárcel³.
- Familia Englí Visiedo, “Los Titos”.
- Gregorio Englí y su cuñado Tomás Lázaro, fueron fusilados, y la esposa y dos hijos de Tomas, juzgados y condenados en consejo de Guerra⁴.
- Familia Yuste Marco, “El Corderico”.
- Antonio y su cuñado José Plumed fueron fusilados el mismo día.
- Familia Martín Genzor, “Los Correcheres” Un hermano fusilado, Baltasar y otro, (Antonio) en la prisión del seminario.
- Familia Guillén Santacruz, “Collejos”. Santos fue fusilado y Roque en prisión
- Mariano Perea Sánchez y Manuel López Gómez- Cuñados. Ambos fusilados

El primer detenido fue el médico titular Mariano Perea, que había asumido el liderazgo intelectual de Izquierda Republicana y que estaba abiertamente enfrentado con el otro médico e instigador del golpe en Monreal, Antonio Moreno Monforte.

1 Recuerdos de un pasado que no puedo olvidar. Adoración Yuste Moreno.

2 Libro de registro de defunciones Ayuntamiento Monreal y Villafranca.

3 Libro de registro de defunciones Ayto. Monreal. El pasado oculto y Tribunal de Justicia Militar Zaragoza.

4 Tribunal de Justicia Militar. Zaragoza.



Ilustr. 2: Portada de La Provincia con el anuncio de la consulta

De lo acontecido en sus últimos días de vida, sus pensamientos y reflexiones y de cómo fueron sus últimos días, tuvimos noticias 56 años después, cuando en el año 1992 Ildefonso Manuel Gil, compañero de prisión, publicó “Concierto al atardecer”, que narra la vida de los presos en la cárcel del Seminario de Teruel durante los primeros meses de la Guerra Civil. En esta novela aparece el doctor Perea con el nombre de “Doctor Barea” y se refiere a él como “un gran tipo, y seguro que te va a gustar, porque es uno de los más queridos, y con merecimiento”.

*En la cerrada noche del insomnio,
todo cuanto ellos al morir callaron
me lo dicen a mí. Yo he de decirlo,
con sus mismas palabras a vosotros,
para hacer imposible que el silencio
me los vuelva a matar en la memoria.
No dejaremos que la muerte siegue
el vuelo de su ensueño y esperanza,
ni que ponga el olvido en nuestros labios
una canción que apague su recuerdo.*

*De su poema “La soledad poblada”
Poemas de dolor antiguo (Madrid, Adonais, 1945).*

Primera parte

Vida familiar y social

Mariano Perea Sánchez nace el día 1 de enero de 1893 en Luco del Jiloca. Era el único hijo varón de los tres que tuvieron sus padres, Pascual Perea Casamayor, herrero en este pueblo de la ribera del Jiloca, y su esposa Josefa Sánchez Castán. Completaban la familia sus hermanas Francisca, la mayor y Josefa, que era la pequeña de los hermanos.

Desde muy pequeño demostró una gran inteligencia en sus estudios, por lo que obtuvo una beca para estudiar en los Escolapios de Zaragoza. Fue en esta institución en donde cursó sus estudios de bachillerato y en donde trabajó de “fámulo” para poder financiarse sus estudios de medicina.

Finalizó sus estudios en el año 1916 e inmediatamente comenzó a ejercer su profesión en Torrijo del Campo, en donde permaneció algo más de un año. Desde el mes de diciembre de 1918 comienza a trabajar como médico de asistencia pública domiciliaria de Monreal, contratado por el Ayuntamiento. Hay que tener en cuenta que los médicos hasta la reforma de la Ley de Coordinación Sanitaria de 1934 vivían merced al favoritismo de una corporación municipal y en ocasiones, eran víctimas constantes de las persecuciones y atropellos de los caciques. Esto, como veremos más adelante, fue lo que le ocurrió al doctor Perea a causa de su militancia política.

Desde el comienzo de su actividad profesional adquirió gran prestigio entre vecinos y profesionales de la sanidad de la comarca, así como en Teruel capital. Estaba considerado como un buen médico y mejor persona. En su domicilio instaló un consultorio médico dotado de Rayos X y de los últimos adelantos, en donde pasaba consulta y también era utilizada por algún compañero especialista venido desde Teruel.

Hombre de ideología progresista, íntegro a carta cabal, siempre demostró una especial sensibilidad hacia las clases más desfavorecidas. En cierta ocasión al iniciarse las obras de arreglo de las calles del pueblo, en un gesto de profunda humanidad, renunció a los honorarios que pudieran corresponderle por la asistencia a los obreros empleados en las tareas, así como también se hizo cargo de los gastos de material sanitario invertido para la curación de los mismos.

Aunque su profesión médica no era su única actividad profesional, ya que dotado de una gran iniciativa empresarial, era una persona muy activa y que seguía muy de cerca los adelantos de la época. Puso el primer cine de Monreal y también la primera gasolinera a base de bidones con un surtidor. También consiguió la representación de Telefunken e iba por los pueblos de la provincia vendiendo y montando radios.

Pero su casa también era utilizada como lugar de información para los vecinos del pueblo. Cuando había noticias de cierta relevancia, el doctor Perea abría la ventana de su casa y colocaba allí la radio para escuchar las noticias. También era habitual que los niños se acercaran para escuchar música.

Su esposa, Leonisa López Gómez, con la que contrajo matrimonio el día 19 de enero de 1922, había nacido en el año 1902 en Monreal, aunque su origen por parte materna provenía de una familia acomodada de Singra. Del matrimonio nacieron cinco hijos (Mauro, Mariano, M^a Pilar, José y Pascual). Vivían en una casa que todavía se conserva en la Calle Zaragoza, 5.

La vida de Leonisa estuvo marcada por la tragedia familiar, ya que a la pérdida prematura de su padre, (murió a la edad de 37 años), le siguieron la muerte de sus dos hermanas Elvira y Pilar, a los veintidós y veinte años respectivamente, y la de un hijo de cinco meses a causa de un accidente doméstico fortuito. Posteriormente, ya en la guerra, muere su esposo fusilado y dieciocho días más tarde el único hermano que le quedaba, Manuel, igualmente fusilado el día 12 de septiembre.

Su forma de ser y de actuar no pasó tampoco desapercibida, ya que era considerada como “la revolucionaria del pueblo y de la familia”, algo que no terminaba de gustar

en los sectores conservadores del pueblo y en una parte del ámbito familiar, ya que su forma de vida no encajaba en el ambiente rural y de pobreza que imperaba en Monreal en esa época. Solía llevar una intensa vida social y destacaba por su elegancia en el vestir. Especialmente comentado fue el viaje que el matrimonio realizó a París con la intención de comprar un vestido de la última moda parisina. Para realizar este viaje tuvieron que pedir un préstamo familiar de 4.500 pesetas, el equivalente a un año de salario, ya que eran muy habituales los retrasos e incluso impagos de los salarios a los sanitarios por parte de los Ayuntamientos. Tanto el viaje como el vestido fueron muy comentados en la localidad durante bastante tiempo. En cierto modo era una adelantada en hábitos, costumbres y forma de vida a lo que era habitual en el pueblo.



Ilustr. 3: Leonisa López Gómez

Actividad política

Mariano Perea perteneció al movimiento de intelectuales “Agrupación al Servicio de la República” (ASR), fundado por Gregorio Marañón, Ortega y Gasset y Ramón Pérez de Ayala y apoyada por Antonio Machado entre los años 1931-32 y que en Teruel lo encabezaba el médico Vicente Iranzo, que con posterioridad sería ministro de Marina. Este movimiento se disolvió en octubre de 1932, por el cariz demasiado extremista que tomaba y porque según Ortega, la República estaba «suficientemente consolidada», por lo cual el grupo había conseguido su objetivo y se disolvía «dejando en libertad a sus hombres para retirarse de la lucha política o para reagruparse bajo nuevas banderas y hacia nuevos combates». Sus miembros pasaron a integrarse en distintas formaciones de carácter republicano, y en el caso del Doctor Perea, al marchar de Monreal los maestros Salatiel Gorriz y Ángel Giménez Olvés y sus dos hijos, que junto con el alcalde Victoriano Górriz habían sido desde sus inicios los auténticos impulsores del Centro Republicano, pasó a ser considerado el ideólogo y asesor de Izquierda Republicana, y aunque

no asumió cargo alguno dentro de esta formación, era uno de los encargados de dar mítines en la zona sobre la Reforma Agraria. En uno de estos mítines ya advirtió de la peligrosidad de los falangistas cuando aún era un grupo minoritario y en formación.

Desde algunos sectores consideraron a Leonisa como la persona que había influido negativamente en la ideología de su marido. En este sentido muy elocuentes fueron los informes de responsabilidad político social emitido por la Guardia Civil que la citan como que *"simpatizaba con el partido del Frente Popular, superando en ideas a su desaparecido esposo"*⁵ o en otro informe que la calificaban como *"entusiasta del comunismo y el amor libre, como su desaparecido esposo, más bien superándole"*.

Esta actividad política motivó que un sector conservador del pueblo encabezado por el terrateniente Pedro Pilón Teruel presentara una reclamación al Ayuntamiento e instara a los vecinos a que se dieran de baja de la iguala, algo a lo que accedieron 340 personas, principalmente la gente de derechas del pueblo. Este terrateniente y militar, acostumbrado a dirigir el pueblo a su antojo, nunca le perdonó que hiciera propaganda en favor de la Reforma Agraria y que no se sometiera a sus dictados. En el acta de pleno se habla que la queja se presenta *"porque los facultativos que trabajen en Monreal deben gozar de la confianza de vecinos y terratenientes"*⁶. En este escrito maniobra igualmente para perjudicar a Perea y colocar al médico Moreno Monforte, hasta esa fecha médico de Ojos Negros, y finaliza el escrito de protesta solicitando *"que lo asignado hoy para el médico titular, se distribuya, de ser factible, entre dos que ostenten ese carácter, o se deje la citada asignación reducida a las cifras que figuraban en anteriores presupuestos si solo ha de ser un Sr. Médico el que ejerza el cargo."* Aunque en un principio el pleno del ayuntamiento no toma en consideración esta propuesta, posteriormente y debido a las presiones del terrateniente, cedió y le redujo su salario, pasando a cobrar 4.000 pesetas anuales en vez de las 4.400 que cobraba anteriormente.



Ilustr. 4: Leonisa vestida de militar

5 Archivo histórico provincial de Teruel. Informe político social de Leonisa López Gómez.

6 AM. Monreal del Campo. Libro de actas, diciembre 1934, folio 24.

El principio del fin

Al principio del levantamiento militar tal y como afirma José Antonio Hernández en su libro *A cien años vista: Los hermanos de La Salle en Monreal del Campo*, *“Aunque todos intuían que algo importante podía suceder, la noticia cayó como un mazazo entre los de Izquierda Republicana que, instigados por el ideólogo, asesor y propagandista, verdadero cerebro en la sombra, el médico Mariano Perea, el alcalde Victoriano Górriz y en menor proporción el presidente del Centro celebran una reunión de urgencia en su edificio político para tomar medidas...”*.

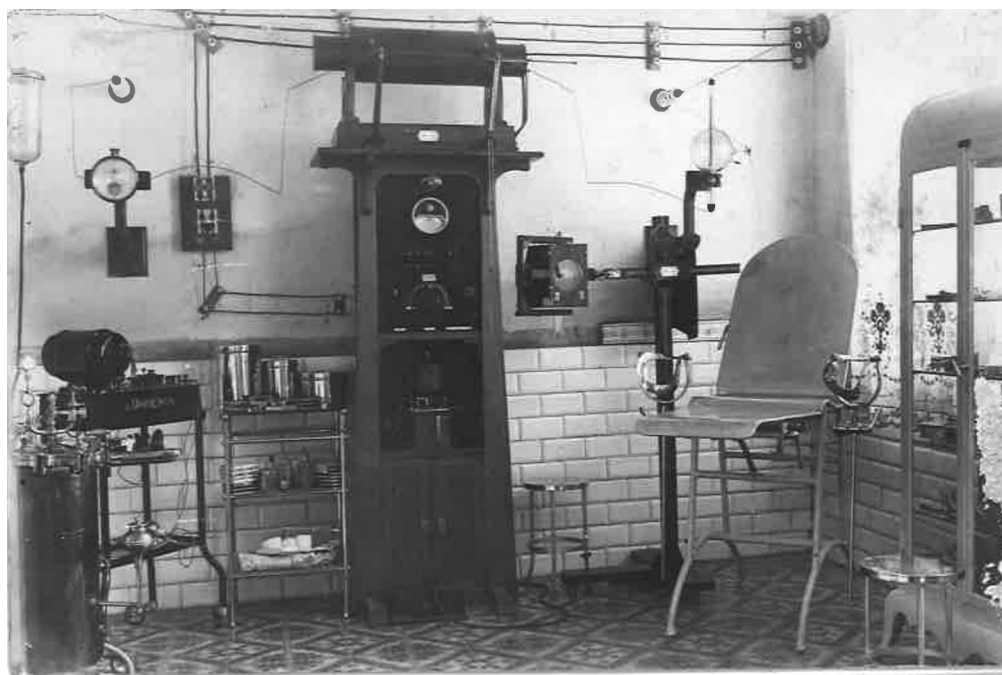
En los primeros momentos el golpe militar genera confusión y desconcierto entre la población, ya que en el bando que emite el Comandante Militar en Teruel, Mariano García, se hace en defensa de la República: *“El estado anárquico que empujaba a nuestra querida Patria a manchar la grandeza de su historia, ha impulsado al Ejército a levantarse en armas en bien de España y de la República”*. En el punto primero del citado bando se dice que quedaban suspendidas todas las actuales Comisiones gestoras y para sustituirlas serán designadas personas adictas al régimen republicano, con exclusión de los que militen en partidos extremos.

Ante las primeras detenciones, los que pudieron huyeron o se escondieron; otros, al considerar que no habían hecho nada malo, permanecieron en Monreal, esperando la evolución de los acontecimientos. Entre estos últimos figura el doctor Perea que, a pesar de haber recibido informaciones preocupantes desde Madrid por parte del Doctor Marañón, al que le unía cierta relación desde su pertenencia a la Agrupación al Servicio de la República, optó por permanecer en Monreal porque *“su obligación era estar con su familia y sus enfermos”*.

Según cuenta la familia, fue detenido a primera hora del día 23 de julio de 1936. Llegó una pareja de la Guardia Civil y le dijo *“Don Mariano, que dice el Gobernador Civil que nos tiene que acompañar a Teruel”*. Él se lo tomó con tranquilidad, se vistió y dijo *“pues vamos”*. Fue llevado al depósito municipal, desde donde fue trasladado a la cárcel del Seminario en Teruel junto con los otros detenidos en ese día. Horas más tarde se presentaron en la vivienda dos falangistas de Teruel y requisaron el coche de su propiedad, un Ford gris verdoso que era uno de los pocos coches que había en la localidad.

Siete días más tarde del arresto del doctor Perea, por acuerdo del pleno municipal celebrado el día 31 de julio se nombró para sustituirlo de forma provisional, al doctor Moreno Monforte, principal cabecilla junto con el farmacéutico en la organización de la Falange en Monreal. Este médico fue nombrado director del Hospital de Sangre de Monreal llegando al grado de teniente.

Perea permaneció en la prisión del Seminario durante 32 días, ya que el día 25 de agosto fue fusilado en el Paso del Tocón, cerca de Albarracín y sus restos reposan en el cementerio de esta localidad. La inscripción en el registro de defunciones se realizó el 24 de junio de 1939 en el juzgado de Albarracín a instancias de su suegra Carolina Gómez. Tal y como declararon los enterradores ante el Juzgado de Albarracín: *“Efectivamente el día 25 de agosto de mil novecientos treinta y seis fueron conducidos varios cadáveres encontrados en la partida Paso del Tocón en este término municipal, al cementerio de esta localidad a los cuales se les dio sepultura*



Ilustr. 5: Consulta médica de Perea

*por los declarantes. Que les consta a ciencia cierta que los datos y señales que la familia les ha proporcionado, que entre dichos cadáveres se encuentra el de Mariano Perea Sánchez, el médico de Monreal del Campo, del cual se acuerdan muy bien y se halla enterrado en el cementerio de esta ciudad”*⁷

Durante los años 1940-41 se llevó a cabo la que denominaron Causa general instruida por el Ministerio Fiscal sobre la dominación roja en España, ordenada por el Ministro de Justicia franquista. Tenía por objeto “investigar e instruir los hechos delictivos cometidos en todo el territorio nacional durante la dominación roja” aunque también fue utilizado para justificar y legalizar sus propias atrocidades y asesinatos.

En Monreal fue redactada por el comandante de puesto de la Guardia Civil, Santos Royo Morata y en ella figura que se les aplicó el bando de guerra a seis personas, alcalde, 1º y 2º, ttes. de alcalde, presidente y secretario de Izquierda Republicana, y al doctor Perea como “asesor y propagandista”. En realidad los seis fueron fusilados, y ninguno de ellos llegó a ser juzgado.

El texto de esta causa general fue redactado de forma tendenciosa y se pretendió ocultar la realidad de las ejecuciones, ya que aunque se ignora el número exacto, la cifra se puede aproximar a los 40 fusilados y ninguno de ellos, aparte de los citados anteriormente, aparece citado en la Causa General. De todos los fusilados, solo uno de ellos fue juzgado en consejo de guerra.

⁷ Solicitud declaración fallecimiento. Juzgado de Albarracín. Declaración de testigos.

En 1937 tras el fusilamiento del doctor Perea y acompañada de sus cuatro hijos y su madre Carolina Gómez, Leonisa abandonó precipitadamente Monreal, sin recursos económicos fijando su residencia en Zaragoza recibiendo la ayuda de los padres Escolapios, en cuyo centro Perea había cursado sus estudios y en donde gozaba de un gran prestigio y estima. La vivienda familiar, ya vacía, fue hipotecada, y utilizada para alojamiento de militares.

Al finalizar la Guerra Civil la familia se trasladó a Madrid, en donde fijó su residencia definitiva.

Segunda parte

Ildefonso Manuel Gil, y su “Concierto al atardecer”

Ildefonso-Manuel Gil, nacido en Paniza en el año 1912, Licenciado en Derecho y doctorado en Letras, escribió a lo largo de su vida numerosas obras, tanto en narración como en poesía. En el año 1992 publicó “Concierto al atardecer”, novela autobiográfica de los hechos que había vivido en primera persona. Procura transmitir de manera fiel lo ocurrido en la prisión y recoge, recrea y literaturiza estos episodios con una fidelidad asombrosa. Narra los acontecimientos que se vivieron en Teruel y en la prisión del Seminario en donde permaneció prisionero durante más de siete meses. Describe la prisión y la vida que en ella se desarrollaba, pero sobre todo nos descubre las vivencias personales de algunos de los prisioneros que allí se encontraban, entre ellos los principales políticos de la capital y de los pueblos cercanos, prisioneros tras el triunfo de la sublevación militar en Teruel. Incide en el lado humano de estas personas, sus reflexiones, la reafirmación de las decisiones tomadas y la repercusión que estas decisiones pueden tener en el resto de los presos y cómo afrontar una muerte que ven cercana.

Normalmente utiliza los nombres de pila de estas personas y los cargos que ocupaban aunque en algunos casos cambia algunas letras del nombre o de los apellidos con el fin de crear un personaje que existía en la realidad. Así el propio autor de la obra pasa a llamarse Alonso Gal en vez de Ildefonso Gil, el doctor Perea cambia el apellido por el de doctor Barea, o el cura Pedro José Julve pasa a llamarse José Pedro Galvez. No obstante, los hechos que se relatan son fielmente recogidos y narrados por el autor y se ajustan bastante a la realidad de lo que ocurrió en aquella prisión.

“A los compañeros asesinados, cuyos rostros estaban enteramente fijos en su memoria y a los rostros indefinidos de los guardias y de los espectadores fue añadiendo personajes imaginados por él, mejor aún escogidos por él con una objetividad paralela a su evocación de los personajes reales: los dos abogados, los hablantes de los corrillos, una muchacha obligada a presenciar los asesinatos, algunos tenderos”⁸.

Ildefonso Manuel Gil entró en la prisión del seminario el 28 de julio de 1936, (“estando yo internado en el Seminario de Teruel y no precisamente por vocación sacerdotal”), y allí se encontró con sus amigos de Teruel, compañeros de ideas políticas y representantes de Izquierda Republicana en la provincia, así como mineros de Libros

y miembros de la CNT. Lo que ve dentro le impresiona tanto que decide escribirlo en unos cuadernos que, en un principio, eran utilizados para enseñar a escribir a algunos presos. Los cuadernos se escondían en el interior de un colchón de un preso de confianza con su consentimiento, para así evitar que fueran descubiertos por los carceleros y son sacados de la prisión en ese mismo colchón a finales de agosto cuando este preso sale de la cárcel y son entregados a la familia de Ildefonso Manuel Gil que los esconde y los guarda. El autor los recogerá una vez sale de la cárcel, siete meses más tarde.

*“Habría así un testimonio de todo el terrible absurdo que era su prisión, o mejor la situación derivada de su encarcelamiento. Quería contarla sin rencor, pero sin disculpas. Desde su perspectiva personal, pero obligándose a objetividad. Pensaba encontrar, o al menos pretendía buscar, dos tonos. Uno, el más frecuente, de narración impersonal; el otro, dejándose ir más hacia dentro de sí mismo. Si un poco de dignidad humana sobrevive a esta guerra, contar los crímenes será la única manera de condenar la violencia”*⁹.

Lo que narran estos textos es de tal dureza que durante muchos años no se decide a transcribir su contenido. Se autoexilia de España por negarse a jurar los Principios del Movimiento Nacional y permanece en Estados Unidos como profesor de varias Universidades desde 1962. En 1984 regresa a España y se instala en Zaragoza, donde llega a presidir la Institución Fernando el Católico.

La novela toma el nombre de un luctuoso suceso acaecido en la Plaza del Torico, donde fueron fusiladas varias personas en una plaza abarrotada de público, en porches y balcones, mientras una banda de música toca constantemente el “Cara al sol”. Las autoridades pretendían dar un toque festivo a esta atrocidad a la vez que sirviera de escarmiento y de aviso de lo que les iba a pasar a los que todavía no habían sido detenidos. Los fusilamientos se realizan de dos en dos ante el jolgorio general, a excepción de los que fueron obligados a presenciarlos o de familiares escondidos detrás de los balcones que comprobaban si su familiar se encontraba entre los ejecutados. Finalizados los fusilamientos, esta banda de música inicia un concierto para divertir y agasajar al público asistente. Había gente que disfrutaba con lo que en esa plaza se estaba viviendo, mientras a unos metros, en la misma plaza, permanecían amontonados los cadáveres de los fusilados de cuyos cuerpos fluía un reguero de sangre Plaza del Torico abajo.

Lo que vio en esta prisión le marcó durante toda su vida y son numerosas las ocasiones que en sus obras hace referencia a la época. Siente la necesidad y la obligación de contar sus vivencias, destacando el lado humano de sus compañeros de prisión y siente la obligación moral y personal, ética y estética, de contar y cantar esas circunstancias.

Esta traumática experiencia vivida está presente en su obra. Especialmente emotivo es el poema que escribe treinta y cuatro años más tarde y en el que evoca los sufrimientos vividos y las personas con las que principalmente convivió esperando la muerte. Un emotivo homenaje a sus compañeros de viaje en esa antesala de la muerte.

⁹ Concierto al atardecer, pág. 175.

A vosotros
 mis amigos de cárcel, compañeros del estupor y del espanto,
 muchos de cuyo nombre no me acuerdo o nunca lo he sabido,
 rostros que se presentan un instante y quizás se confunden,
 ojos puestos bajo distinta frente,
 una voz de su boca enajenada,
 un gesto desprendido de qué manos
 o apenas simplemente un estar en silencio...
 otros viviendo fuera de su muerte en mi memoria intactos,
 Joaquín Muñoz, Segura, Vilatela,
 el médico Barea y Francisco Lafuente
 y Vázquez y Morales, Pedro Gálvez,
 los Tablones, los Chanos y Victorio y el Chato de las minas
 y aquel ¿cómo era aquel? Y el otro, el otro...

[De persona a persona, 1971]

Durante su estancia en la cárcel, vive con la incertidumbre y el miedo de que tal vez al abrirse la puerta en la próxima madrugada su nombre figure en la temida lista de personas a fusilar en las habituales "sacas", entremezclando la serenidad y el miedo:

"Una madrugada cualquiera estará mi nombre en la lista y es como si me estuviera viendo ya a mí mismo en el momento de incorporarme, escena involuntariamente ensayada por mí pocas madrugadas antes, pero esta vez sin mirar a nadie, sintiendo vértigo en el estómago, lija y espartos en la boca y en la garganta, un blanco cansancio en los brazos, una torpeza temblorosa en las manos poniéndome como en los pies de otro los calcetines rotos sudados en frío y en caliente (...) porque cualquiera, que es cada uno, era quien podía haber sido nombrado y no lo ha sido, mientras los otros, los que sí han sido ya nombrados están subiendo, llegan ya al rellano, acercándose a la puerta donde concluye el mundo conocido"¹⁰.

No sé cuánto tardarán en matarme. Pienso en eso con bastante serenidad a la par que con mucho miedo. Aunque veo mi muerte cada vez más cerca, mi actitud sigue siendo tal y como quedó descrita en no sé cuál de mis cuadernos. Como en el momento de escribirla, y aun diría que mucho más que entonces, lo que me apesadumbra más es el dolor de mi madre y de mis hermanas. ¿Qué oscuro móvil me hace prescindir aquí, como ya viene ocurriendo desde hace unos días, del dolor de aquella otra? Y sigue angustiándome el no poder estar seguro de que sabré morir con dignidad. Quiero creer, necesito creer que sí. Hace tres noches mantuve mi entereza, pero aunque mentalmente estuve tan cerca de ser asesinado, físicamente faltaron los momentos decisivos. Morir bien es todo lo que queda de mi esperanza"¹¹.

También hace una profunda reflexión sobre lo que llega a ser una guerra civil y los enfrentamientos fratricidas que este tipo de confrontaciones conlleva:

Eran gentes que habían vivido en paz, hombres y mujeres con hijos, con padres, con hermanos. Algunos de ellos habían tenido amistad con algunos de los presos, habían ido a

¹⁰ Concierto al atardecer, pag. 238 y 239.

¹¹ Concierto al atardecer, pág. 271.



los mismos lugares, compañeros de ocios y trabajos. ¿Cómo habían ido a parar a esos barrancos de odio y de barbarie? ¿Hasta dónde se podía llegar en la degradación moral de un pueblo? Le dolía pensar que cosas parecidas, no podía imaginarlas peores, estarían pasando en todo el país, a la derecha y la izquierda físicas y morales. Recordó las palabras de Barea y pensó que en verdad los muertos iban a ser los únicos inocentes¹².

Ilustr. 6: Estado actual de la vivienda en la que residió la familia Perea en Monreal del Campo

La vida en la prisión

La masiva detención de personas de izquierdas de Teruel y varios pueblos de la provincia, obligó a ampliar la prisión de la capital situada en la plaza del seminario (actual Biblioteca Pública) y que se encontraba en unas condiciones lamentables (*por lo que dicen, era mucho peor la cárcel, medio en ruinas y llena de ratas*). Como cuenta Victorio, antiguo carcelero *“como ni aun usando el patio se podía encerrar ahí enfrente a tantos como traían, no te puedes imaginar lo pequeña que es y lo arruinada que esa pocilga, discurrieron esto del seminario, pero bien poco les costó conseguir el permiso de los curas”*.

El autor describe la prisión del Seminario de la siguiente manera:

“la sala altísima de techo, es un rectángulo mucho más largo que ancho. En el lado derecho, muro posterior del edificio, hay cinco grandes ventanas enrejadas, con hojas practicable encristaladas, pero sin contraventanas. Como el muro es muy grueso, queda en cada reja un gran entrante que está demasiado alto para servir de asiento ni de estante. Subiéndose a él se podrían ver, muy abajo, la estación de ferrocarril, la carretera de Castilla, la entrada a la ciudad por el oeste y más al fondo una altiplanicie con viñas y casas de recreo.

Respecto a la entrada principal del Seminario y a gran parte de su superficie, esta sala es un sótano muy profundo que, en cambio por el otro lado cae a gran altura, limitando por esta parte la zona alta de la ciudad. En su conjunto, toda esta fachada posterior da al Seminario el aspecto de una gran fortaleza, con su muro de piedra irguiéndose sobre un suelo macizo que desde la pared parece estar cortado a pico. Sus grandes rejas son una premonición de su actual destino carcelario.

Frente a las rejas no hay más que una pared lisa, parte de la cual pertenece a la escalera de quince peldaños que asciende hasta el pasillo, de poco más de un metro de anchura, arrancando de la puerta de acceso a la sala. En la jamba de esa puerta comienza la

12 Concierto al atardecer, pág. 197.

barandilla de hierro que al llegar a la escalera forma un ángulo recto descendiendo hasta el suelo embaldosado con grandes losas.

En el rincón de esa pared con la escalera hay una gran marmita de porcelana ya muy descascarillada, con un tape de madera, seguramente de un viejo tonel, al que le han puesto un asa de sogas que sirve de váter para todos los usuarios y que se vacía sólo cuando está llena y que desprende en la sala unos malos olores difíciles de soportar. Arrimados a las paredes están los petates de los presos, que bien enrollados sirven de asientos durante el día¹³.

Con los días y ante la masiva llegada de presos, se construye en el patio un barracón tres letrinas con agujeros a ras de suelo, con un delgado tabique entre ellos; en una pared lateral había dos grandes piletas con dos grifos cada una. La subida a las letrinas era la única ocasión en que se podían lavar, fregar las escudillas y cuando los guardias hacían la vista gorda, un somero y rápido lavado de ropa.

La alimentación consistía en un desayuno y un par de comidas, excepto los que vivían en Teruel que recibían paquetes diarios, unos privilegios que se suprimieron en el primer mes de estancia. *“Para el desayuno bajaban una perola llena de café bien aguachinado y un saco de trozos de pan”*. Las comidas las describe Ildefonso Manuel Gil como *“un rancho que llegaba siempre frío, judías secas mal cocidas, cuyas pieles se desprendían flotando en la superficie del enorme caldero, mientras escasos y menguados trozos de carne se movían muy a sus anchas en el fondo, facilitando al distribuidor el más arbitrario reparto de raciones.”*¹⁴ En otros apartados del libro la describe como *“la bazofia que te van a dar es más o menos la de cada comida”*.

Carecían de la más mínima intimidad, se veían obligados a hacer sus necesidades a la vista de los demás. No todos tenían colchón, por lo que, en algunos casos, se veían obligados a compartirlo, o incluso a dormir en el suelo o en mantas.

Sobre la vida diaria en la prisión, salvo los días que eran sacados para cavar trincheras o limpiar maleza para un campo provisional de aviación, el resto del día regía la monotonía total, formando corros de conversación por afinidad vecinal o ideológica como el Chato y los mineros de Libros, los de la CNT, los de la construcción y de la FAI o Barea y sus ribereños, y practicando algunos juegos como la Pídola, el moscardón, el pulso o el juego naval hecho con cartulinas o al ajedrez hecho de forma rudimentaria; todo para no pensar, ya que necesitaban estar embebidos en algo que no fuera su autocompasión, o mientras esperaban ese día cercano en que fueran liberados, mentira piadosa ideada por el doctor Barea y difundida por sus compañeros más próximos. El autor, Alonso, lo plantea de la siguiente manera en su conversación con el doctor:

Pero ¿no sería mejor que supieran...?

No y no, de ninguna manera. Mira, Alonso, esto es como la mentira piadosa en mi profesión. Llegan más tranquilos a la muerte quienes no la ven próxima, los que se equivocan sus pasos cada vez más cercanos. Nos agarramos con mucha fuerza a la vida, quizás es ella la que nos agarra. Dos colegas míos, profesionales excelentes, estando seguros de tener un cáncer terminal se esforzaban por encontrarse señales de alivio. Uno era creyente y casi hasta el momento mismo de su muerte esperaba la posibilidad del milagro; el otro no lo era y acabó poniéndose en manos de los curanderos.

¹³ Concierto al atardecer, pág.67.

¹⁴ «Los signos del hombre esperando la muerte»: Ildefonso Manuel Gil en el Seminario de Teruel.

Comprendo pero...

Perdona que vuelva a interrumpirte, pero es que además no sé de qué les serviría a todos estos compañeros el estar enterados de todo. No todos, quizás poquísimos, podrían hacer lo que estamos haciendo nosotros: aceptar mansamente esta angustia, para no volvernos locos. No somos ni más valientes ni más cobardes que ellos y aquí estamos devorados por la espera de lo peor. Tampoco se trata de cultura ni de inteligencia, ni de sensibilidad. Todo eso no cuenta nada cuando se le ve la cara a la muerte. Es la única experiencia enteramente personal y, por esencia, incomunicable¹⁵.

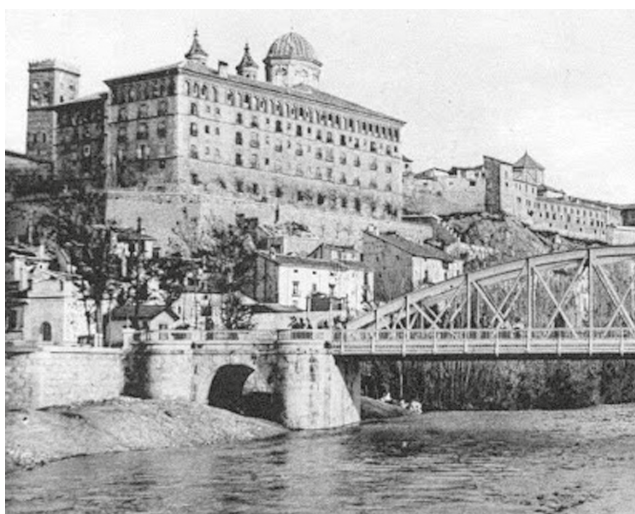
El relato del momento en que saca los cuadernos de la cárcel, lo vive con cierto temor e incertidumbre de que puedan ser descubiertos, y lo describe de la siguiente manera:

Hoy poco después de la comida, se ha sabido que Augusto Gallo y Daniel Enguita van a salir. Les han dicho que pueden llevarse sus pertenencias. En el colchón de Daniel están ya envueltos en lana todos mis cuadernos menos éste que se les va a juntar dentro de muy pocos minutos. Si le encontraran mis papeles correría un gran riesgo y ha decidido correrlo.

¿Cumplirá su promesa de entregarlos a mi familia? Estos últimos días, ya sólo deseo que si estos escritos míos se salvan alguna vez, dentro de muchos o de pocos años, se publican, lleven como título general el de ese título de mi relato ficticio de los hechos reales y enteramente verdaderos, por muy increíbles que puedan parecer a sus lectores.

Daniel para darme más prisa, tiene ya enhebrada la aguja con la que vamos a recoser el lado descosido de su colchón. Voy a añadir este cuaderno y, mañana, cuando nos hayamos despedido para siempre con un abrazo, lo veré cargado con su petate, subiendo la escalera. Puede que le ayude a subirlo hasta el rellano. Dentro de él irán estas palabras mías. Con ellas, y esto hace que tiemble mi mano en el instante en que escribo las últimas, va la posibilidad de que mis cuadernos, estos escritos míos que denuncian el horror, la vergüenza y la inutilidad de la violencia, puedan contribuir a hacer repetible todo lo que desde el día mismo de la sublevación ha ocurrido en España y cuanto a causa de eso seguirá ocurriendo quién sabe cuántos años.

Fiel a mi voluntad de verdad, he de confesar que también va con estos papeles la única posibilidad de que mi nombre y mi comunicación con otras personas, ¿muchas? ¿pocas? ¿algunas? Duren más que mi vida¹⁶.



Ilustr. 7: El seminario antes de la Guerra Civil. En la parte inferior del edificio las ventanas de la cárcel

¹⁵ Concierto al atardecer, pág. 207.

¹⁶ Concierto al atardecer, pág. 271.

Barea: Sus últimos días y reflexiones

Pero esta novela cobra especial importancia para ayudarnos a conocer la vida que realizaban los presos, entre ellos algunos prisioneros de Monreal y pueblos próximos de la Ribera del Jiloca y ferroviarios del Ferrocarril Central de Aragón en Caminreal, detenidos por ser considerados los principales responsables de ayuntamientos, partidos de izquierdas o representantes sindicales, trasladados a la cárcel de Seminario, y a los que se denomina “los de la Ribera”, o “ribereños”.

La segunda noche aún había mucho espacio libre y nos fuimos acomodando; don Gregorio, con Don Mariano y Gallo, pegadicos a él, debajo de la tercera reja a su izquierda, y no es manera de señalar, tus amigos y yo; seguidamente, el alcalde, Segura y Cabrera; debajo de la primera reja, Barea y sus paisanos, todos ellos de la Ribera...

“¿Quién es Barea?”

“Un gran tipo, es médico y seguro que te va a gustar, porque es uno de los más queridos y con merecimiento. Vamos a que lo conozcas”¹⁷.

Son numerosas las secuencias dentro de la novela en las que Barea, ante la dejadez y falta de atención en el tratamiento a los enfermos presos, y el constante maltrato al que se veían sometidos en los interrogatorios, se ve obligado a ejercer su profesión. La atención médica, ante la ausencia de medios, se limitaba a realizar exploraciones y avisar a los carceleros de la necesidad de cura o tratamiento, ya que solo disponía de un escaso botiquín que el forense le había dado.

Estos son algunas de las ocasiones en las que el doctor se ve obligado a intervenir:

Darío se dejó caer sobre la barandilla y aun así habría caído al suelo a no sostenerlo Juan. Corriendo escaleras arriba venían Barea y el otro Monlín. Todos los demás presos estaban en silencio mirando al rellano y al darse cuenta de que lo bajaban desvanecido acudieron algunos a ayudarles.

Lo tumbaron sobre la primera mesa. Barea iba revisando su cuerpo, en el que eran visibles las huellas de los golpes. Brotaba de su boca un hilo de sangre y el médico se inquietó; ayudado por el hermano le abrió la boca y se tranquilizó al ver que la sangre brotaba de una encía desgarrada, porque había temido que hubiera hemorragia interna.

Había abierto los ojos el apaleado y con gran esfuerzo, a la vez con una celeridad que asombró a los demás, quedó sentado sobre la mesa, dejando colgar las piernas, miraba a quienes lo rodeaban como a seres extraños, quizás como a una terrible amenaza. Fue solo unos segundos, pero Barea pensó que hay instantes en que la razón y la locura, la vida y la muerte están separadas por algo más tenue que un papel de fumar¹⁸.

Barea pedía al oficial que avisara al director, que era necesaria medicación para Monlín, para don Mariano y para algunos más, pero ninguna atención les fue prestada. [...]

“Barea, por hacer algo, le mandó tenderse sobre una mesa, descalzonado, y lo fue reconociendo, oprimiendo con sus manos el estómago, el hígado del supuesto enfermo, buscando zonas de dolor. Luego Barea llamó a Agustín y le pidió que trajese uno de los vasos sobrantes. Mandó a Tate que hiciera fuerzas para orinar. Inclínados todos sobre el vaso, en cuyo fondo había un poco de orina, no vieron tampoco sospecha de sangre. Tumbado de nuevo Tate sobre la mesa, el doctor prosiguió su meticulosa exploración”¹⁹.

¹⁷ Concierto al atardecer, pág.72.

¹⁸ Concierto al atardecer, pág. 145.

¹⁹ Concierto al atardecer, pág.220.

Como líder se enfrenta a la dirección de la cárcel ante los continuos maltratos, vejaciones e insultos a los que eran sometidos algunos presos asumiendo la responsabilidad y las consecuencias:

“Señor oficial de prisiones, dígame al señor director que no hemos olvidado su discurso y que los presos estamos sometidos a un régimen de hambre, de insultos y de violencia. Dígame todo esto y que esperamos que cumpla su deber. Por si acaso: no hablo en nombre de nadie y soy el único responsable de esta protesta.

Sonaron entonces muchas voces, repitiéndose cada vez más clamorosamente el grito de ¡Y yo, y yo! Siendo el mismo Barea quien les pidió que se calmasen y la cena pudo repartirse sin más incidentes”²⁰.

En otra ocasión se encaró con el carcelero ante la negativa del director de la prisión a tratar a un preso enfermo. Perea le agarró del brazo, sin dejarle marchar mientras de forma contundente le decía: *“Su deber es notificarlo al director”*.

El funcionario, muy asustado, logró zafarse del doctor y emprendió su huida subiéndole las escaleras de forma precipitada y golpeando la puerta insistentemente para que le abrieran.

En los primeros días de prisión, Barea establece un permanente contacto con el diputado Gregorio Vilatela al que ya conocía por su pertenencia común al Movimiento por la República y a Izquierda Republicana y a los varios viajes que el diputado había realizado al Centro Instructivo de Monreal.

Durante el tiempo que conviven juntos en prisión, unos 20 días, idean el plan para mantener alta la moral de los encerrados, procurando que no les lleguen las alarmantes noticias del exterior, a la vez que justifican las decisiones tomadas el día de la sublevación militar, al negarse a armar a la población anteponiendo la legalidad y la no violencia durante los tres primeros días del golpe. *“No concebía que pudiera ser de otro modo. ¡Pobre don Gregorio! Era un hombre de bien. Asume la responsabilidad que aquella decisión de no actuar ha causado la desgracia de todos los encerrados, además de la suya propia, además de la incompreensión y cierto rechazo de parte de los prisioneros. No se arrepiente de esta decisión e insiste que en iguales circunstancias, volvería a hacer lo mismo, es decir, estar dentro de una legalidad en la que creía, dentro de un orden legal y legítimo, del que no podía separarse sin destruir el sentido de su vida. Barea trató de levantarle la moral, apoyando y justificando esta decisión.*

En una de las muchas conversaciones que mantienen Alonso y el doctor Barea, el doctor justifica y defiende las decisiones tomadas por Vilatela. Ambos sienten la necesidad de explicar sus posturas y su manera de actuar. Se reproduce la conversación entre ambos, rememorando la mantenida entre Barea y Don Gregorio. De una parte, Alonso busca la conversación sabiendo que, una vez muerto Vilatela, el doctor es el encargado de mantener esta estrategia del “traslado”, para evitar que conocer la realidad de “las sacas” termine por desmoralizar a los presos, una estrategia que Alonso, desde el primer momento, no ve clara. Por otra, Barea, necesita una persona de confianza que continúe esta estrategia ideada junto a Gregorio Vilatela, sabedores ambos de una muerte que cada día ven más cercana. Era una manera de evitar que los presos entraran en “ese pozo psicológico” del que no podrían salir.

²⁰ *Concierto al atardecer*, pág. 179.

Hablan abiertamente de la muerte y se entremezclan principios ideológicos con planteamientos más humanos y familiares, si bien en Barea no se detecta tan abiertamente ese hundimiento que le sobrevino al diputado al conocer las trágicas noticias que llegaban desde el exterior. En ambos casos asumen su responsabilidad de las decisiones tomadas en sus respectivos ámbitos de influencia, aunque les quede la duda que esas decisiones puedan derivar en la muerte de los prisioneros que les acompañan y de las personas que confiaron en ellos. Los dos eran hombres que todas sus decisiones las habían tomado aplicando los principios de bien, justicia, y no violencia, y en base a esos principios habían tomado esas difíciles decisiones.

“Alonso, a vuelta con la escritura de sus cuadernos, cuya temporalidad se va aproximando ya al día mismo en que se escriben, está reviviendo su última conversación a solas con el doctor, al día siguiente del bombardeo.

...Bueno, lo que iba a decirte es que aunque aquí parecía excesivamente reservado, era hombre abierto y muy cordial. Pero aquel día estaba a diez mil kilómetros de estas paredes, ya me entiendes.

—Sí, había descolgado el teléfono.

Cuando ya lo había dicho, lamentó Alonso sus palabras. Todos habían oído la historia del gobernador y su teléfono inservible. Quizás Barea me ha malinterpretado y acabo de cargarme su confianza. No soy un cinico, pero a veces debo parecerlo.

—Quiero decir que...

—Te he entendido, no te preocupes. Cuando abrieron esta sala, venía a fumarse aquí sus cigarrillos del insomnio y una noche vine a sentarme junto a él. No sabía por dónde empezar, pero no hizo falta. De buenas a primeras, me dijo que cuando saliéramos de aquí, iba a retirarse de la política. Pensé que eso podía ser el final de nuestra conversación o su verdadero comienzo. Debí de dudar si podía o no arriesgarse a tener completa confianza en mí y decidí que él decidiera. Supe entonces que...

Dejó interrumpida su frase. Curiosamente, al doctor le estaba pasando con Alonso lo mismo que a don Gregorio con el doctor y quiso correr el riesgo:

—Supongo que te contó cosas que el médico le había contado y que yo sabía cuando me detuvieron. Cosas terribles en verdad. Emilio también sabía algunas, pero a modo de rumores y aunque se las dijo a don Gregorio éste no le quiso creer, limitándose a las que el médico le había contado en una primera visita. No quería o no podía creerlas y le ordenó que no se las dijera a nadie.

—Su problema era más hondo, menos personal. Lo que le obsesionaba era la situación que aquí se podía crear si se conocían aquellos hechos y se esforzaba por pensar que eso había ocurrido en los primeros momentos y que las autoridades, bueno, los mandos de los sublevados habrían cortado ya tales barbaridades. No concebía que pudiera suceder de otro modo. ¡Pobre don Gregorio! Era un hombre de bien.

—Seguro que lo era. Pero aquellos dos días, aquel sábado y aquel domingo, a juzgar por lo que me han contado Emilio y Vázquez, tenía que haber actuado de manera muy distinta. Lo que me dices de su voluntad de retirarse de la política, cuando quizás estuviera ya tomada la decisión de retirarlo a él de la vida, me prueba que lo que yo pienso, y también Emilio que lo conocía mejor, era cierto. El pobre señor estaba abrumado por tener que sentirse ya que no culpable, pues no lo era, sí responsable de la desgracia de todos nosotros, además de la suya propia.

—Es verdad, pero más de una vez me dijo que, colocado otra vez en iguales circunstancias, volvería a hacer lo mismo...

—A no hacer nada.

—A estar dentro de una legalidad en la que creía, dentro de un orden legal, por tanto legítimo, del que no podía apartarse sin destruir el sentido de su vida.

—Habrá pensado en su mujer y en sus hijos. Es en lo que yo pensaré. Mientras tanto hay que evitar que aquí abajo se enteren de la terrible verdad de nuestra situación. Por eso hay que seguir hablando y cuantas más veces mejor de los traslados a otras cárceles.

—Acabarán enterándose. No por los muy pocos que estamos ya hechos a la inminencia de nuestra muerte, sino por cualquiera que entre y no quiera complicarse en nuestro silencio.

—Haremos que no crean lo que les diga o que les una duda que necesitarán hacer cada vez más grande.

—Pero algunos mueren como piltrafas y otros escupen cara a cara con sus asesinos.

—Tan casual e imprevisible es lo uno como lo otro.

—Pues yo quiero morir, espero morir, del segundo modo y con toda consciencia de que yo soy inocente y ellos son unos asesinos miserables. Consciencia voceada y en la esperanza de que al final triunfarán la justicia y la libertad”²¹.

Pero Ildefonso Manuel Gil tiene un especial empeño en resaltar las actitudes, reflexiones y razonamientos del doctor Barea, a los que les otorga una suma importancia y un gran empeño en que queden reflejadas en el libro. El doctor se lamenta ante su interlocutor, citando a los tres estamentos que siempre habían controlado España, militares, Iglesia y ricachones, a los que considera responsables del golpe militar con el fin de mantener su poder y el temor a perder sus privilegios y cortar por la fuerza los avances que se estaban experimentando con la República y el gobierno de izquierdas.

“Yo quise consolarlo, tratando de que volviera a creer en su antigua justificación:

Le dije que yo hubiese hecho lo mismo que él, cosa que es verdad, aunque si yo les hubiese dicho a mis ribereños que nos defendiésemos hasta con los dientes, no sé lo que habría pasado en nuestro pueblo y en tres o cuatro pueblecillos de alrededor. Puede que ahora estuviésemos muertos o puede que luchando por la libertad de España.

Sí, amigo Barea, sí que la tiene. Pero ¡quién iba a pensar! Esto que está pasando es distinto a todo.

Pues mire, no. Lo que era distinto a todo es que España dejase de estar en manos de los espadones, y de los hisopos y de los ricachones que han movido siempre a ambos. Nos están haciendo volver a lo de siempre, a lo genuinamente español”.

Tras un intenso bombardeo sobre Teruel, se establece una conversación entre el doctor y Emilio en la que nos aparece el Barea más humano y sensible, incluso hasta con los sublevados; expresa cierta sensación de culpabilidad y responsabilidad y justifica así su manera de actuar y de pensar. Una vez más, insiste en sus principios de hombre de ley y de paz:

“Esto es la guerra, la peor clase de guerra, españoles contra españoles, hermanos contra hermanos.

Usted es siempre generoso y hace bien, ojalá fuera yo capaz de serlo tan enteramente, pero no pienso que todos los de ahí fuera sean mis hermanos, empezando por Franco, Mola y Queipo.

21 *Concierto al atardecer*, pág. 205-207.

—Yo no pensaba en ellos, sino en nosotros, no en lo que es sino en lo que debería ser. En estos momentos, puede haber sucedido que algunas mujeres, algunos niños, algún viejo como el propio don Mariano, hayan muerto en el bombardeo. Me siento culpable de esas muertes y...

—Pues los verdaderos culpables, los que han llevado el país a la guerra, no creo que se sientan culpables, en su conciencia.

—Cada uno tiene la suya y es la mía la que a mí me duele.

Vázquez intervino, agriamente:

—Entonces lo que hay que hacer es no luchar, entregarles España entera, igual que nos entregamos todos los que estamos aquí, cogidos como conejos asustados debajo de una mata.

—Tendrás que cambiar de comparación. A mí no me cogieron como a un conejo, sino como a un hombre que quiere ley y no violencia. Te diré, amigo Vázquez, que en eso pienso como pensaba don Gregorio y que te conste que no condono, aunque lamento su necesidad, los bombardeos de las ciudades, una vez que ellos son los que han desencadenado la violencia. Pero cada muerte de esta guerra tiene que pesar sobre la conciencia de cada español. Así veo yo las cosas y no voy a verlas de otro modo mientras sea dueño de mis pensamientos.

—Que no va a ser por mucho tiempo.

—El que sea²².

La conversación con Emilio le deja tocado anímicamente y siente la necesidad de explicarse y justificarse. Para ello busca la compañía de las dos personas con las que siente más cercanía y confianza, su convecino y amigo Agustín y, una vez más, Alonso.

—No hablo de hermanos como equivalente de compatriotas. Lo que algunos de los nuestros no quieren admitir es que entre nuestros enemigos hay buenas gentes que sufrirán tanto, a veces más, como nosotros y además de que se estén matando españoles contra españoles, es que de veras estarán peleando amigos contra amigos, hermanos contra hermanos y hasta hijos contra padres.

—El hijo único de mi única hermana, ahijado mío, es desde su primer año de carrera un activista de falange. He hablado mucho con él y sé que me quiere como yo a él, que es muchísimo. Agustín lo conoce y sabe todo esto, pero tú no. Te aseguro que es un gran chico, generoso, sincero. Sirve a sus ideas con una entrega total y dispuesto en cada momento a dar su vida por ellas. Creo que como él habrá muchos más y éstos estarán en la primera línea de fuego y aunque están equivocados, que no puedo dudar que lo están, matan y mueren por idealismo, casi diría que por amor, ni más ni menos que por eso. Estoy seguro de que si mi sobrino supiera lo que se está haciendo en la retaguardia rebelde, no por gentes incontroladas, sino por los que han asumido la autoridad, sentiría un asco lleno de tristeza. Los que caigan en primera línea de fuego habrán sido los que mejor suerte han tenido. Mi sobrino no sabe que si ellos triunfan serán enteramente devorados por los que los han movido a ellos y siguen moviendo los hilos de la sublevación. Entonces no les quedará otra salida que dejarse matar por los que ellos creían suyos o dejarse corromper. Es una buena parte de la juventud a la que la vida está exigiendo, seguirá exigiendo un sacrificio total e inútil. Sus caminos sólo serán los mismos de sus jefes mientras dure la

22 Concierto al atardecer, pág. 194.

guerra. Después éstos pasarán sus facturas, tanto más altas cuanto mayor resulte haber sido la catástrofe.

Se fatigaba y le faltaba el aire y al mismo tiempo se le veía necesitado de la aprobación de sus oyentes, lo que venía a ser solo de Alonso, pues Agustín debía haberle oído ya todas estas consideraciones que partían de la separación que las posturas políticas antagónicas habían cavado entre él y ese sobrino a quien indudablemente amaba.

—Creo que mi sobrino no puede sospechar ni por lo más remoto la verdad de lo que está pasando y de lo que irreversiblemente pasará si ellos ganan la guerra. Pienso mucho en mi ahijado y con gran dolor le deseo esa muerte que él podrá ver como gloriosa. Será lo mejor para él²³.

Especialmente emotiva resulta la descripción que Alonso hace del momento en que Barea es llamado para ser fusilado y en el que se despide de sus “ribereños” con los que había compartido los últimos días de su vida:

“Todo el ritual perceptible desde aquí abajo se fue cumpliendo en la madrugada del veinticinco de agosto; el zumbido del motor, los pasos acercándose, el ruido de los cerrojos, la entrada del sargento y las dos alternadas voces. Pero hoy las aguas negras subieron más rápidas y la plancha invisible dejó sentir su peso, como dando a entender su inevitable avance hacia el fondo. Emilio Aznar había sido el primero de los nombres voceados. Barea, el segundo.

Emilio se había puesto ya los pantalones y la camisa. Alonso buscó entre sus papeles y le dio a su amigo un cigarrillo. Lo habían guardado para cuando llegase este momento, si es que los dos salían juntos hacia la muerte. Pálido y sin palabras, Emilio pudo sonreírle y ya encendido el pitillo fue hacia Barea, le echó un brazo sobre el hombro y subieron



Ilustr. 8: El doctor Perea sentado primero a la izquierda con sombrero en mano, junto con el sacerdote Don Baltasar Meix, varios hermanos de La Salle y guardia civiles. Año aprox. 1923

23 *Concierto al atardecer*, pág.194-195.

juntos, los primeros. Al pie de la escalera estaban los ribereños, viendo cómo se alejaba su médico, el hombre que los había revestido a todos ellos de una mejor hombría”²⁴.

Una vez más la realidad coincide con la novela, ya que el doctor Perea fue fusilado el 25 de agosto en el Paso del Tocón, cerca de Albarracín y sus restos se encuentran en una fosa común en el cementerio de esta localidad.

Los ribereños

El día 23 de julio, una vez que había triunfado el levantamiento militar en Monreal y después de haberse constituido la nueva gestora del Ayuntamiento, impuesta por el alférez Manuel Vicente, grupos de falangistas salieron por las calles, fueron detenidas las personas más representativas de izquierda que no habían huido y fueron conducidos al depósito municipal (calabozos del Ayuntamiento). Los dirigentes locales de Izquierda Republicana y los considerados más exaltados fueron trasladados a la cárcel de Teruel. Entre los trasladados a la cárcel del Seminario, además del Doctor Perea también figuraban:

- Miguel Plumed Sanz, considerado como uno de los afiliados más destacados del Partido Radical Socialista, siendo uno de los principales dirigentes.
- Baldomero Gracia Lorente, chófer. Fue detenido por pertenecer al Centro de Izquierdas, siendo uno de los principales dirigentes y por atentar contra las insignias nacionales. Un mes antes del levantamiento militar había mantenido un altercado con un falangista, al que abofeteó en el baile por dar el grito de “viva España”.
- Agustín Giménez Gómez, aserrador que provenía de Villafeliche, que había sido alcalde desde el 26 de enero al 10 de mayo de 1933 y considerado como dirigente ya que había firmado el reglamento de Izquierda Republicana junto con el presidente José Allueva²⁵.
- Roque Guillén Santacruz, considerado un peligroso desafecto al Alzamiento Nacional. Fue detenido por ser un izquierdista destacado y perturbador del orden público²⁶.
- Antonio Martín Genzor de una conocida familia de izquierdas y cuyo hermano, Baltasar, sería uno de los fusilados el 12 de septiembre de 1936.

La mayoría de ellos, tras sufrir torturas en los interrogatorios, fueron liberados con la toma del Seminario a finales de 1937 por el ejército republicano. Al finalizar la guerra fueron juzgados por quebrantamiento de condena, algo ilógico ya que no habían llegado a ser juzgados, y todos ellos resultaron absueltos, si bien ya habían permanecido en prisión varios años antes del juicio, salvo Antonio Martín, que permaneció preso durante nueve meses sufriendo maltratos y torturas. Por su interés, escribo el breve relato que su hija hace de la estancia de su padre en la cárcel.

“Una noche, después de haber ido a echar una carta al correo, volvía mi padre a casa cuando lo detuvieron, diciéndole que había infligido el toque de queda. Había empezado la caza de republicanos.

²⁴ *Concierto al atardecer*, pág.237.

²⁵ Auditoría de Guerra de la Quinta Región Militar: ES/AJTZ-1603/5.

²⁶ Auditoría de Guerra de la Quinta Región Militar:ES/AJTZ-2124/3.

A veces, cuando lo comentaba en plan de broma, decía que había sido seminarista; se lo llevaron preso al Seminario de Teruel. Allí se encontró con centenares de hombres prisioneros también por el mismo motivo: ser republicanos. Pasó allí nueve meses, en unas condiciones infrahumanas; todos hacinados, pasando frío, hambre, falta de higiene y sufriendo maltrato cuando los llamaban a declarar.

Querían obligarles a declarar que pertenecían a organizaciones comunistas y que firmaran la declaración; así tenían un justificante para matarlos. Si no accedían, les pegaban hasta conseguir sus propósitos. Mi padre nunca dijo lo que le hicieron, al menos no a mí... Sin duda fuertes golpes. Lo que fuese le supuso un importante daño que le causó sordera casi total e irreversible el resto de su vida.

Cuando, al cabo de 9 meses liberaron a mi padre, llegó a la casa familiar con la orden de que todas las semanas tenía que presentarse en el cuartel de la Guardia Civil. Estaba enflaquecido, enfermo, con las manos llenas de eczema, contagiado por la falta de higiene de la cárcel. Se encontró con su madre y su hermana solas, con la triste noticia de su hermano fusilado y que además le habían requisado -robado- el surtidor de gasolina²⁷

La relación de detenidos y trasladados al Seminario sería más extensa que los citados anteriormente, ya que en algunos casos no trascendió por el miedo y silencio que imperaba durante la guerra y postguerra. También se supone que fueron trasladados los hermanos Marco Lorente, Manuel y Francisco, fusilados en Los Pozos de Caudé y el presidente del Centro Republicano y concejal, José Allueva Martín, aunque se desconoce el lugar en donde fue fusilado este último. En esta relación me he limitado a citar el nombre de las personas de las que dispongo documentos que acreditan su paso por la cárcel.

Todos ellos son “los ribereños” que Ildefonso Manuel Gil cita en “Concierto al atardecer”, y solo tres aparecen citados en varias ocasiones en la novela:

El forzudo Baldomero, que era el encargado de realizar los trabajos que requerían cierta fuerza física, como subir la marmita que servía de vater, o trasladar material de intendencia. Debido a su fuerza era uno de los más asiduos participantes en los juegos que realizaban los presos con el fin de pasar el rato, y era uno de los más expertos en el juego del pulso.

Agustín, el acompañante de Perea en sus continuos paseos y confidencias y el que tenía el petate más próximo al doctor. Era uno de los que idearon el juego para clasificar a los presos que iban llegando, clasificándolos en valiente, normal, cobardica o cagoncete según la manera que tenían de entrar en la prisión o la expresión de la cara y actitud al bajar las escaleras.

El “curica” José Pedro, cura de Torralba de los Sisones, que desde el primer momento se integra en el grupo de “los ribereños” por la proximidad de los dos pueblos y por ser conocido por todos ellos. Según consta en la Causa General de Torralba, al hacer referencia a la junta directiva de Izquierda Republicana en la localidad: “Esta directiva era ayudada y protegida por el Sr. Cura don Pedro José Julve el cual desapareció [...]” En su pueblo se había enfrentado abiertamente con los caciques de la zona y en sus homilías solía sermonear contra los abusos de los ricos. Era considerado como un preso atípico dentro de la cárcel y todo el

27 Texto de Lucía Martín Clemente, hija de Antonio Martín.

mundo pensaba que el obispo Polanco intervendría para salvarle, algo que no llegó a ocurrir, ya que fue fusilado el día 24 de agosto, un día antes que Perea: “*La madrugada del veinticuatro encabezaba la lista José Pedro Gálvez.*”

Epílogo

Tal y como afirma el historiador y Catedrático de Historia Contemporánea, Julián Casanova, en la Guerra Civil hubo 600.000 muertos, 100.000 de ellos víctimas de la represión desencadenada por los militares sublevados y 55.000 de la violencia en la zona republicana. Al menos 50.000 personas más fueron ejecutadas entre 1939 y 1946. Un 30 por ciento de las víctimas de la represión militar franquista durante la guerra está sin registrar o en paradero desconocido.

Miles de familias destrozadas y divididas por la guerra y también miles de personas inocentes, cuyos restos, a día de hoy, siguen esperando en lugares desconocidos, fosas, campos o cunetas a poder ser enterrados y recordados por sus familiares dignamente. Esta es una de las crueles herencias de una guerra que todavía hoy perduran.

En las casas y en las familias, principalmente en las represaliadas, se impuso una ley no escrita de silencio y miedo que impedía hablar sobre lo acontecido en la guerra y que, en muchos casos, ha impedido a hijos y nietos conocer lo ocurrido a sus familiares. Es “el pasado oculto” del que habla Casanova en su libro.

La educación y la información venían marcadas y controladas férreamente por el régimen y resultaba extraño escuchar algunas noches emisoras de radio extranjeras que hablaban en nuestro idioma y que nos informaban de noticias totalmente contradictorias a las que transmitía la información oficial. Paradójicamente había que escuchar emisoras del exterior, para enterarse de lo que ocurría en el interior. Eso sí, bajo ningún concepto se podía comentar en la calle lo escuchado en la radio. ¡por lo que pudiera pasar...!

Ildefonso en su novela considera a Perea como la persona que sin querer le animó a escribir sus vivencias en esta prisión. En una de sus múltiples conversaciones entre Alonso y Barea se transcribe la siguiente conversación:

Sí, Alonso, sí. Triunfará la verdad y así constará en la historia. Posiblemente, muy tarde, muy tarde. Pero no habremos sido más que unidades de una suma innominada. Nadie conocerá nuestros sufrimientos en esta espera continuada de la muerte, ni nuestra dignidad o nuestro envilecimiento moral y físico cuando estemos a punto de verle la cara, esa cara que es verdaderamente la que no puede llegarse a ver.

Está Alonso recordando aquella conversación y sabe que ésa y las ya muy escasas de noches sucesivas volverá a oírlas mientras viva. Sabe que Barea, sin sospecharlo, le animó a mantenerse fiel a la escritura de estos cuadernos, en las ocasiones en que para ninguna otra cosa podía sacar ánimos. Está seguro que el doctor moriría con la más completa entereza de ánimo y de que ayudaría a sus compañeros, participando en la más noble, desventurada e inútil solidaridad”²⁸.

Archivos consultados

AHPT Archivo Histórico Provincial de Teruel

AMMC Archivo Municipal de Monreal del Campo

JTMZ Juzgado Togado militar territorial nº 32 de Zaragoza

Bibliografía

Albumes fotográficos de las familias Perea López y Remedios Allueva Gómez.

GIL, I.M. (1992): *Concierto al atardecer*. Gobierno de Aragón

HERNÁNDEZ MORENO, J.A. (2016): *A cien años vista: Los hermanos de la Salle de Monreal del Campo (1915-1972)*. La Salle.

PÉREZ LASHERAS, A. (2012): “Los signos del hombre esperando la muerte”. Ildefonso Manuel Gil en el Seminario de Teruel (1936-37)”, *Rolde*, nº 141-142.

Revista Abrete Libro (digital): “Concierto al atardecer. Ildefonso Manuel Gil (Aben Razín)” Consultado el 7/4/2022 en <http://revista.abretelibro.com/2018/11/concierto-al-atardecer-ildefonso-manuel.html>